

ITALIA EN EL PENSAMIENTO Y EN EL ARTE DE VAZOV, SLAVEIKOV, VELITCHKOV Y KRISTOV

por FURIO LILLI

El siglo XIX, siglo de las luchas por la libertad y las independencias nacionales, encuentra unidas en los mismos ideales a Italia y Bulgaria. Italia debe sacudir de sus propias espaldas el yugo que la oprime de los Alpes al extremo vértice de Sicilia; Bulgaria debe emanciparse de quinientos años de dominación turca. Uno y otro pueblo sienten sonar, hacia la misma época, irrevocable la hora del rescate.

La situación de los dos países, desde el punto de vista estrictamente histórico, es por lo tanto casi análoga a principios del ochocientos, mientras las resultantes de las luchas y del martirologio por el alcance de los fines comunes serán las mismas con sólo ocho años de distancia entre una y otra liberación.

Durante el período centenario que de la Revolución Francesa va a la definitiva proclamación de los dos reinos, los contactos entre ambos pueblos se muestran profundos y seguros.

Mientras Italia encuentra en el *Congreso de Viena*, implícitamente trazado su programa para el porvenir, Bulgaria —a su vez— contempla a Italia, desde el Congreso de Viena, como a la estrella profética ya surgida sobre el nuevo firmamento europeo. La iniciación de los motines del '21 y del '23, de Piamonte y Emilia, hallan correspondencia en las cruentas sublevaciones de *Stara Planina* y de *Nis*; a la primera *Guerra de Independencia* y a la *República Romana* (1848-49) siguen en 1851 las grandes revueltas de *Vidin* y *Lem*. Los nombres de los héroes y mártires italianos, desde Santorre di Santarosa a Maroncelli, a Pellico, a los Cairoli, a Mameli, encuentran eco en los nombres de los héroes y mártires Georgi Rakovski, Georgi Mamarcev, Hadgi Dimitar, Vasil Levski, Kableskov, Botev, etc.

El ejemplo de Italia, anunciadora a la nueva Europa de los derechos de independencia nacional, y la gran luz de civilización que desde

Roma, por dos milenios, se ha esparcido por el mundo, hacen volver naturalmente hacia Italia, durante el siglo XIX, la mirada atenta y el espíritu sediento de los poetas y prosistas búlgaros que ven en la península la depositaria primera e insustituible del futuro renacimiento político.

Y es así como, justamente en esta época tan llena de acontecimientos, la joven literatura búlgara recibe el primer bautismo de Italia la que va a su encuentro con la generosidad de una hermana mayor ofreciéndole como enseñanza todo el tesoro de su tradición literaria, artística, histórica y civil.

Ivan Vazov, Pencho Slaveikov, Konstantin Velitchkov, que representan la tríada más ilustre de las letras búlgaras en su primer medio siglo de vida, no sólo fueron a Italia en devoto peregrinaje, sino que se embebieron de su cultura y cantaron sus bellezas y sus glorias con verdadero amor.

Ivan Vazov (1851-1921), considerado como el *poeta nacional*, autor de una vastísima obra en que se refleja casi por completo la historia de su país, la grandeza del antiguo *Imperio Búlgaro*, las virtudes y las más características costumbres de su raza, en fin las vicisitudes de la liberación, tiene siempre la patria ante sus ojos: en los días faustos y en los nefastos. Pero cuando aleja la mirada de ella es para dirigirla a Italia que estima y exalta como la madre espiritual de los pueblos.

Vazov imagina que la *dulce península que se mece entre el Adriático y el Tirreno* haya sido puesta por Dios sobre la tierra para consuelo del género humano:

Divinas son las armonías
que se elevan de tus campos

dice, y ve resplandecer a Italia como astro del mundo.

Pero la concepción de Vazov no se limita solamente a una Italia sede de todas las gracias y todas las hermosuras, sino que ve además en ella a la antigua regidora de imperios. Y en la reciente conquista de su independencia vislumbra sus futuras glorias y profetiza su gran porvenir:

Italia,
¡en tu pecho late joven tu corazón!

Había ido a Italia en 1884 "para dar vida —como él mismo dice—

al sueño más grande". Italia lo había atraído por la bel'lad de la naturaleza, pero, enamorado de la historia, Vazov terminó por cumplir un viaje histórico y sentimental.

Fue ante todo a Roma, a Nápoles y a Pompeya. De la *eterna Roma* todo lo quiso ver, conocer, tocar: lo moderno y lo reciente, mas sobre todo quiso descubrir su *antiguo excavado esqueleto y los signos de la paz antigua*.

Al hablar de Roma el poeta usa sólo dos adjetivos: *Eterna e Inmortal*. Y en una composición dedicada al Tíber así lo canta:

Tus aguas turbias contigo arrastra
entre herbosas riberas verdeantes,
viejo Tíber, en medio de los recuerdos
vivientes en ruinas seculares.

.....
Los extranjeros han sabido que aún
turbio estás desde que aniquilaste
con tus rayos decrepito el mundo ¹.

Y helo aquí ante el busto de Dante en recogimiento extático y devoto:

Pensamiento, no saben abismos tus alas
palpitantes;
confines no saben, no altitudes.
Al vuelo tuyo detrás se quedan
cometas y rayos.
Quiso la suerte darte en dominio
el Infinito,
los siglos, el misterio.
Apenas entras tú en el Infierno,
sólo que oigas: —¡Ven!— cual reclamo,
ya vuelas tú con los Seres del Cielo ².

¹ De ahora en adelante a cada cita haré seguir, en nota, —extraídos de mis traducciones del original búlgaro— los correspondientes versos en italiano, los que estimo hayan resultado algo mejor que mi versión española.

Trascina via con te le torbid' acque,
fra le riviere erbose e verdeggianti,
vecchio Teve, tra immortal ricordi
viventi fra rovine secolari.

.....
Gli stranieri han saputo che ancora
torbido resti da quando annientasti
con la folgore decrepito il mondo.

2

Pensiero, non sanno abissi le tue ali
frementi; confini non sanno, non altitudini.

E igualmente, ante el busto de Tasso:

Templos e imperios el polvo recubre,
mas no se lee de los reyes el nombre.
Ante esta frente de laurel ceñida
tácitamente me inclino pensando:
¡Sólo tu gloria —oh genio— es imborrable!

.....
Y el tiempo pasa así reverdeciendo
la fronda a la corona de Torcuato. ¹

Ni podría quedar sin significado el homenaje dirigido a estos poetas por el poeta nacional búlgaro, tanto más si se piensa cuánto a ellos debe la literatura búlgara.

Por otra parte su colección titulada *Italia*, revela en cada verso este fuerte amor de Vazov por hombres y cosas de la península. Amor que aparece en su manifestación culminante en el inspiradísimo himno *Vecinos de Ultramar*, que no es nada más que un coloquio, muy célebre en Bulgaria y bien conocido en Italia, durante el transcurso del cual las dos naciones, apenas liberadas de sus respectivos yugos, se tienden idealmente la mano en un pacto afectuoso de mutua solidaridad. Dice Bulgaria a Italia:

—Pequeña, débil soy;
grande sólo es mi ideal.

Y así le contesta Italia:

—¿Ideal?
Dame entonces, oh hermanita,
dame la mano.

Al volo tuo dietro rimangono
comete e folgori.
Volle la sorte donarti in dominio
lo spazio eterno, i secoli, il mistero.
Appena entri tu nell'Inferno
subito ch'odi: —*vieni!*— in richiamo
prendi a volare coi numi celesti.

1

Imperi e templi la polvere copre,
più non si legge dei cesari il nome.
A questa fronte coperta d'alloro
sosterà innanzi tacito pensando:
sol la tua gloria —o genio— è immortale!

.....
E il tempo passa sempre rinverdendo
le fronde alla corona di Torquato.

Y el rostro de cada una irradiaba una inefable sonrisa augural tan suave y dulce como para comunicar, a quien lee, confiado optimismo y saludable fe en la fraternidad de los pueblos.

Después de Vazov un lugar eminente merece Pencho Slaveikov (1866-1912). Nacido en Trevna, verdeante y pintoresca comarca al pie de los Balcanes, Pencho Slaveikov vivió su infancia en el clima heroico de las luchas por la independencia. Y desde sus más tiernos años fue educado en el culto de Italia.

Mientras la esclavitud búlgara duraba aún, él —niño entonces— veía constantemente en torno de sí exaltar día a día la bella epopeya de Italia terminada con el triunfo de la *unidad*. El eco de los éxitos itálicos llegaban, de hecho, a Bulgaria, como una admonición y un estímulo, mientras aquel pueblo todavía oprimido extraía del mismo eco de las victorias italianas una energía más profunda y una voluntad más indómita.

Y finalmente —a los doce años apenas— Pencho Slaveikov conoció y tuvo restituída su patria. Una patria convaleciente y exhausta pero ya dirigida hacia los mejores destinos.

Había deseado toda la vida ir a Italia, mas solamente a la vigilia de su fin inmaduro pudo realizar su gran sueño. Pues fue antes a Alemania y justamente en Alemania sintió más quemante el ansia de pasar los Alpes para encontrarse con la patria de Dante.

Había melancólicamente recorrido la alta y baja Alemania teniendo por compañero de viaje único y solo al gran espíritu de Goethe, pues a Goethe iba leyendo durante su triste errar de pueblo en pueblo. Y entre lo gris del ánimo afligido y las nieblas del país no alegrado por el sol, la lectura de las *Elegías Romanas* y de las *Impresiones de Italia* confortaba al poeta, infundiendo esperanza en su corazón ya oscurecido por tristes presagios.

De Alemania descendió entonces por el Alpe blanco a los valles dorados, de las opacas aguas a los lagos azules, de plúmbeos cielos del norte al límpido cielo de Italia.

—*En Roma es otra cosa*— escribía al día siguiente de su llegada a la Ciudad Eterna.

El Coliseo, los Foros, las Termas, cuanto de Roma antigua aparecía a sus ojos *todavía virgen e intacto de las fuerzas de los siglos*, lo embriagaba. Y no solamente la Roma de los Césares, sino cada ciudad, cada villorrio, cada recóndito ángulo de Italia impresionaba al poeta conmoviéndolo profundamente.

—*Yo paso de un éxtasis a otro*—escribía a un amigo—; *yo renazco a la vida.*

Historiador y poeta, sentía en única armonía fundirse en una sola la triple Italia del Imperio, del Renacimiento y del Resurgimiento. Así, aquélla que él había llamado la *tierra de la felicidad*, se le aparecía ahora expresada en el trinomio *potencia, arte, heroísmo*.

Pero Pencho Slaveikov no vivió suficientemente como para extraer de su estancia en Italia cuanto habría podido agregar a su obra. De todos modos quedan los importantes documentos de su breve vida italiana.

La visión del *Moisés* le inspiró su poema mejor: *Miguel Angel*. La epopeya garibaldina revivió en la obra y en la acción de su héroe imaginario *Bore Vibor*, caído, según Slaveikov, combatiendo en Sicilia al lado del gran nizado. Y en *Bore Vibor* quería naturalmente indicar el prototipo ideal del patriota búlgaro.

Pencho Slaveikov conoció tarde la *Divina Comedia* pero bien comprendió su valor y significado, definiéndola *el más grande documento literario, histórico y social de todos los tiempos*.

El poeta que, después de Dante, más sensiblemente lo atrajo fue Giacomo Leopardi. En el sumo recanatiense, de hecho, él encontraba rasgos espirituales no desemejantes de los propios; desde la nativa melancolía hasta la infelicidad del destino. Y en tal sentido no está demás recordar aquí el carácter del poeta búlgaro naturalmente triste y pensativo, tendiendo al pesimismo y angustiado por fatales adversidades.

De Dante a Leopardi, por lo tanto, él comprendió y sintió todo el espíritu de la cultura italiana y en su fuero íntimo adoró a Italia como a una segunda patria.

Por cuanto graves además fuesen sus condiciones de salud, Pencho Slaveikov supo olvidar en Italia gran parte de sus males.

El éxtasis en que vivió, desde la primavera de 1911 hasta la primavera de 1912, descubriendo los tesoros del arte italiano, reevocando en conmovidos entusiasmos los grandes fastos históricos de la península, recorriéndola toda con religioso afecto, hizo así del último año de su breve existencia el más feliz año de su vida.

Y el 28 de mayo de 1912, apagándose en *Brunate*, sobre las quietas orillas del lago, frente a los montes que resucitaban delante de sus ojos el lejano solar natal, Pencho Slaveikov abandonaba la tierra serenamente hermanando en la suprema visión las dos patrias dilectas: Italia y Bulgaria, sus primeros, únicos y postreros ideales.

Pero el verdadero puesto de honor en la historia de las relaciones culturales entre los dos países corresponde a Konstantin Velitchkov. De naturaleza romántica, versátil en las letras y las artes al mismo tiempo, de cálido temperamento y de iluminada inteligencia, dirigió Velitchkov la propia curiosidad de estudioso, desde los primerísimos años, a la cultura de occidente, clásica y particularmente latina.

Había nacido en Pasargik en 1857 y había asistido, más de cuanto le fuera posible a Pencho Slaveikov, a la definitiva conclusión de las luchas de la independencia.

Pero, lírico por temperamento, no pudo ser —como Vazov— poeta eminentemente civil. Por el contrario su obra es sobre todo una imagen espontánea de su mundo interior.

Víctima, sin embargo, también él, de las pasiones políticas, adolescente todavía, debió abandonar la patria para huir de las persecuciones partidarias. Y fue en esta contingencia cuando se trasladó a Italia.

Konstantin Velitchkov no llegaba a Italia ignaro de la cultura italiana sino que poseyendo adecuada preparación histórica, filológica, artística y literaria como para comprender espíritus y formas de su civilización.

Para él, ir a Italia, significaba alcanzar el centro de todos sus intereses; remontarse hasta la genuina fuente de los propios estudios y de las propias aspiraciones.

El había cantado ya a Italia antes de haberla conocido:

Italia bendecida,
al cielo arrebatada,
¡oh jardín florecido,
riente cual alba de mayo!
Innumeras son las guirnaldas
que ornan tu frente iluminada:
los poetas te cantan por el mundo,
¡en el mundo te celebran los poetas! ¹

1

Italia benedetta
al ciel terra rivolta
o fiorito giardino
ridente qual'alba di maggio!
Innumeri son le ghirlande
che la tua fronte illuminata
adornano;
i poeti, te, cantano pel mondo
nel mondo, te, celebrano i poeti!

—*Tierra feliz*— había dicho Velitchkov en la misma composición—, *en ti el extinto polvo de los túmulos, retransmite en los siglos la historia del mundo.*

Y en homenaje a la estirpe había señalado a Italia como *inde-rrumbable templo del genio*. Dios, según el poeta, la creó con un beso, poniéndola en el centro del mundo, coral del universo.

Así antes de haberla visto.

Pero el día había llegado de conocerla también de cerca.

Por cuanto fugitivo y exilado, él se siente colmado de alegría en viaje por Italia; y no puede menos que gritar al mundo entero su felicidad:

Al maravilloso,
al esplendente país yo voy
que Dios crear quiso
de sus azules espacios;
a la áurea tierra encantada
de belleza plena,
de gracia
y de Amor.
Es aquí donde el sol
brilla más radioso
regalando a la tierra
su rincón más precioso.
Es aquí donde las flores
son de más vivos colores;
aquí con ardiente llama
palpitan los corazones.
El alma refleja el cielo
como el límpido arroyuelo.
Aquí está en realidad
aquel jardín de beldad
que espejismo he imaginado
en mi sueño dorado. ¹

1

Nel maraviglioso
nello splendente paese io vado
che Dio creare volle
degli azzuri suoi spazi;
nell'aurea terra incantata
di bellezza piena,
di grazia
e d'Amore.
È qui che il sol risplende
più radioso,
regalando alla terra
il suolo più ubertoso;

El poeta no cree que puedan existir todavía en el mundo afanes y dolores, padecimientos y sufrimientos capaces de obscurecer el espíritu humano, y concluyendo exclama:

Bendita seas Italia:
esta belleza tuya
de Paraíso encantado
el ánimo mío conforta
tristemente cansado. ¹

Así Konstantín Velitchkov franqueaba las fronteras de Italia y con tan entusiasmado afecto le daba su primer saludo. Y he aquí aparecer a sus ojos fascinados las ciudades anheladas, los monumentos inmortales, los templos nuevos y antiguos y —junta— la eterna grandeza de los siglos.

Venecia, yo vi; Venecia inmersa en las luces del alba...
Y recordé los inmortales días
cuando al mundo su gloria se esparcía... ²

Y la imaginación de Velitchkov se enciende al recuerdo de mil visiones de fuerza y potencia reconstruyendo el aspecto del glorioso ataque de naves guerreras, de galeras y de bastimentos al regresar cargados de botín y de mercadería de cada ángulo de la tierra.

Después es Florencia la que va a su encuentro:

ed è qui ch'hanno i fiori
i più vivi colori.
Qui ogni cuor sente
con fiamma più ardente.
Come riflette il limpido ruscello
l'azzurro cielo,
così alla vista di questo giardino
l'anima mia si rischiera
per potere divino
e questa realtà sua m'è più cara,
tanta bellezza m'ha vinto e ammaliato
oltre il miraggio mio dolce e dorato.

1 Benedetta sii, Italia!
 Questa bellezza tua di Paradiso
 pien d'incanto
 or l'animo mio conforta
 triste e stanco.

2 Venezia io vidi; Venecia immersa nelle luci dell'alba...
 e ricordai quegli immortali giorni
 quando al mondo spargeva la sua gloria...

Cual peregrino después de mil años
y de imprevisto el natal horizonte
descubre cerca, temblé vivamente
cuando en la vasta ala de jardines
vi refulgir ante mí a Florencia ³.

Velitchkov siente aletear en la atmósfera los espíritus de Alighieri y Petrarca, de Miguel Angel y Savonarola, de Leonardo, de Cellini, de Sanzio, del Magnífico, de Donatello. Y así sentencia: "uno solo de estos genios bastaría a un pueblo para hacerlo inmortal".

Después, mientras en el alma del exilado, errabundo lejos de la patria, reaflozan por un instante las recientes desgracias, desde su corazón surge la voz de la gratitud:

Mientras la vida esta mi alma anime
reconocido te estaré, Florencia,
e invocaré que un ángel centellee
y eterno vuele sobre tu alto cielo. ¹

De Florencia a Roma el poeta continúa su vagar en creciente arrobamiento. De las ruinas de Roma siente retornar la leyenda y la historia:

Abriendo sus vastas alas mi espíritu
volando entró en las sombras del tiempo.
Llamada, oh Roma, del Hado te vi
soberbia y fiera triunfar sobre el mundo.
Cónsules, Dux, se me aparecieron
brindando y echando a tus plantas gigantes
tierras, reinos, coronas,
con manos potentes. ²

3 Qual pellegrino che dopo tant'anni
 e d'improvviso il natale orizzonte
 scorga d'appresso, tremai nella carne
 quando nell'onda vasta dei giardini
 innanzi agli occhi Firenze mi fulse.

1 Finchè la vita nel cuore mi batta
 riconoscente ti sarò, Firenze,
 e invocherò che un angelo sfavilli
 e voli eternamente sul tuo cielo.

2 Spiegando l'ali vaste il mio spirito
 volando s'immerse nel buio dei secoli.
 Chiamata, o Roma, dal Fato ti vidi
 superba e fiera trionfare sul mondo.
 Consoli, Duci m'apparvero porgerti

Y después del imperio de las armas Velitchkov tiene la visión del otro imperio de Roma: del Imperio de Cristo. Y se le muestran los nuevos conductores, los inspirados, los iniciados, los santos guiando la *Ciudad Eterna* hacia otra gloria.

Con la sonrisa y con la espada —dice el poeta— *ellos lucharon contra la barbarie, la incredulidad y el sacrilegio, impávidos ante las torturas, indiferentes ante el martirio.*

Y:

...de las fatales colinas, un día,
con voz que sacudió el Universo
llamaron reinos, países, ciudades
a plegarse ante ti humildemente. ¹

Y la entera tierra, recordando la antigua potencia que había hecho de Roma la dominadora del mundo, acogió entonces el reclamo y — curvada la frente— la reconoció una vez más la reina de los pueblos.

Así:

Cuando hoy de las tantas iglesias
las campanas por el aire repican
no a sumisas trémulas plegarias
los corazones confiados reúnen:
mas es tu voz, Roma, alzándose
triunfalmente de ardor espléndida
a todo el mundo solemne anunciando
de tu fuerza la grande potencia. ²

Pero los méritos de este poeta no se limitan solamente a haber comprendido y amado infinitamente a Italia. Konstantin Velitchkov

e gettare ai tuoi piedi giganti
terre, regni, corone
con mani possenti.

1 ...dalle fatali colline un giorno,
con voce che percosse l'universo,
chiamaron regni, paesi e cittadi
a piegarsi umilmente al tuo cospetto.

2 Quand'oggi da chiese innumerevoli
le campane per l'aria rintoccano
non a sommesse tremule preghiere
i fiduciosi cuori radunano;
ma è la tua voce, Roma, innalzantesi
trionfalmente d'ardore splendida
a tutto il mondo solenne annunciante
della tua forza la grande potenza.

escribió en torno al *dulce país* aun en forma más cumplida en su colección *Cartas desde Roma*. Estas cartas contienen observaciones de toda índole, perfiles de personajes antiguos y modernos, esbozos de estudios, descripciones y misceláneas.

Sus traducciones de sonetos carduccianos, de otras composiciones líricas de contemporáneos italianos, en fin de algunos entre los mejores sonetos de Petrarca, han llevado a Bulgaria una contribución de no poca importancia para el conocimiento de la cultura italiana.

Mas la labor que adjudicaba a Velitchkov un mérito particular entre los literatos búlgaros que propagaron las letras itálicas en su país, es la traducción del *Infierno* con un bello prefacio y un meditado estudio introductivo sobre la vida y la obra del divino poeta.

A este noble trabajo Velitchkov atendió religiosamente, durante una larga serie de años, con soberbio coraje. La traducción del *Infierno* no puede ser un auténtico espejo del original, especialmente por lo que se refiere a la lengua. Pero es justo señalar que el esfuerzo del poeta búlgaro ha sido fecundo, no sólo por haber alcanzado el objeto de enriquecer el patrimonio cultural de su pueblo ofreciendo a sus compatriotas la posibilidad de conocer la parte más famosa de la *Divina Comedia*, sino también por haber presentado en Bulgaria —todavía en los albores de su historia literaria— en una cuidada exposición de ideas y principios, el tercer mayor exponente (después de Homero y Virgilio) de la civilización clásica y mediterránea.

Después de esta breve reseña no es posible pasar por alto la personalidad y la obra de Kiril Kristov uno de los más exquisitos exponentes de la poesía búlgara de este siglo.

Nacido en 1875 en Stara Zagora, Kiril Kristov atendió a la propia formación de hombre y artista en un clima ya diverso de aquel que había circundado la vida y la obra de sus predecesores.

De hecho, con el *Tratado de San Esteban* del 3 de marzo de 1878, Bulgaria se encontraba frente a la cumplida realización de su independencia nacional. Y cuando la Asamblea plenaria de la pequeña nación votó finalmente en Tirnovo, el 16 de febrero de 1879, su nueva Constitución, los búlgaros podían, verdaderamente, hacer propio en un nuevo ímpetu de vida y de esperanzas el verso de Goethe: porque desde aquel momento empezaba para ellos la *nueva historia*.

Pero el campo de la lucha tenía que asumir por consecuencia, con el mudar de la historia, formas nuevas y nuevo rostro.

Las sectas secretas, los movimientos revolucionarios, el martirologio, las condenas a muerte, las horcas pertenecían ya —desde aquel

momento— a un mundo destruído. Y en lugar de este mundo sobrevénia otro completamente nuevo y también completamente diverso en el cual los imperativos categóricos de primer plano no eran más *Libertad, Unidad, Independencia Nacional*, sino *reconstrucción social, legislación interna, reajuste de las finanzas, elaboración y promulgación de las reformas estatales*.

Tal como los aedos y poetas nacionales y civiles, los cuales tanta parte habían tenido en el pasado frente a la historia a hacerse, también ellos podían ya ceder —a historia cumplida— tranquilamente el puesto a los *hombres* nuevos designados como más necesarios al país. Y a los poetas del Resurgimiento no les quedó entonces más que volver serenos a dirigir la mirada hacia regiones más irreales, retornando a los cielos de los ideales abstractos y universales, a la lírica pura, a la naturaleza, al Infinito, a Dios.

Ahora bien, Kiril Kristov, que vive entre las dos épocas, marca justamente los límites de este pasaje.

La literatura de su tiempo, por lo tanto, no se caracteriza por el elemento épico. Que si por un lado abundan los escritores políticos, por el otro van desapareciendo los poetas a la Botev.

La época, pues, ha perdido sus motivos inspiradores con el advenimiento de la unidad nacional, mientras ha adquirido un interés más específico frente a los problemas de la economía, de la sociología y del positivismo.

Es ésta una de las razones por las cuales Kiril Kristov poco o nada ha agregado a la producción civil de sus antecesores, habiendo debutado casi exclusivamente como poeta lírico y prevaleciendo en él la inspiración lírica hasta nuestros días, si es que aún vive. ¹

Sus primeros contactos con Italia se remontan a los años de su adolescencia cuando, transportado por su ardiente pasión por el mar, se trasladó a Trieste para frecuentar allí aquella entonces célebre *Escuela Naval*.

Pero en Trieste, el poeta permaneció breve tiempo. Enfermándose seriamente, después de un solo año de estudios se vió obligado a repatriarse no sin haber llevado consigo un signo indeleble de las influencias recibidas.

Regresando pues a Bulgaria, Kiril Kristov contaba desde aquel

¹ La última vez que yo lo vi fue en Sofía en 1937, con Nikolaj Donchev. Contaba entonces sesenta y dos años, que llevaba muy bien, componiendo con la frescura de los mejores tiempos nuevos poemas y programando una traducción de las más conocidas líricas dannunzianas.

encuentro con Italia con una gran conquista: el conocimiento de la lengua, herramienta ésta con que inició y siempre fue perfeccionando su personalidad literaria.

En *Cantos y suspiros* y no menos en *Estremecimientos* (publicados en 1896 y 1897 respectivamente, y que pueden considerarse como sus producciones más significativas) no faltan nunca ecos de la poesía italiana del último ochocientos. Sobre todo en las composiciones juveniles no es difícil ver dibujarse, detrás de la pluma y el pensamiento del poeta, la sombra característica de Lorenzo Stecchetti; mientras que a menudo aparecen en ellas modos y maneras de Ada Negri. Poetas éstos, por otra parte, que él prefirió desde los albores de su arte y que siempre ha mantenido muy próximos a su corazón.

Italia aparece, a través de las páginas de Kristov, más como musa inspiradora que como objeto específico del canto.

Así en la lírica dedicada a Nápoles. La ciudad renace al ocultarse el sol; la representación del atardecer napolitano revela ya por sí misma el característico modo poético de Kristov. En los pocos versos está, pues, toda Nápoles en el ocaso: reconstruida en breves pinceladas, en trazos precisos y todavía fugaces, en exclamaciones, en interrogativos, en interjecciones:

Al último rayo del sol declinó
el día bochornoso, y así fue a morirse;
después la ribera de amor, se amantó
de goce, y sueño y sombra en su extinguirse.

.....
Y he aquí que el mar ahora resucita
lento volviendo en murmurio a la playa.

.....
El corazón ascendió súbitamente
al vago mundo de las maravillas. ¹

Al cuadro, para ser perfecto, no le falta ni siquiera el Vesubio humeante. Pero tanta belleza no satisface por sí sola al autor tanto que,

1

Agli ultimo raggi del sole passò
l'afosa giornata ed ecco si spense:
poi la riviera d'amor, s'ammantò
di voluttà, di sogni e d'ombre dense.

.....
Ed ecco il mar allor risuscitarsi
lento volgendo in murmure alla spiaggia.

.....
Allor il cuor subitamente ascese
nel vago mondo delle meraviglie...

concluyendo, llega a reducirla a simple marco para fijar dentro de éste la propia personalidad. Así la atmósfera ambiental pasa al servicio de la presencia de dos enamorados:

En la terraza llena de frescura
temblando tuve por la tarde entera
sobre la falda una bella criatura
arrobado en aquella quimera. ¹

Y no basta en cuanto completan la confesión los últimos versos caprichosos y levemente horacianos:

La noche fue tan calma de esplendor
que pecado fuera, el pasarla sin amor. ²

También el Adriático tiene la misma fascinación para Kiril Kristov; el mismo encanto lo rodea en cualquier lugar de la costa en que se encuentre. Frente a este mar el entusiasmo del poeta parece alcanzar su diapasón, tanto es así que no puede contener su grito de saludo a la tierra cuna de tanta belleza:

Maravillosa, magnífica tierra
¡vale que goce de ti todavía!
.....
De libertad, tú, símbolo esplendes
tú del eterno Dios símbolo esplendes. ³

Así también en Kiril Kristov se reaviva la concepción de los poetas búlgaros que lo precedieron, en torno a una Italia maestra de libertad, esto es en torno a la Italia del Resurgimiento.

Por otra parte el pensamiento del poeta se detiene aún, ante el espectáculo que le ofrece Roma. Es muy hermoso cómo la describe desde la Cúpula de San Pedro de donde sus ojos pueden abrazar toda

-
- 1 Sulla terrazza piena di frescura
tremando tenni tutto l'annottare
sulle ginocchia una bella creatura
rapito in quel divino contemplare.
- 2 La notte fu sì colma di splendore
da peccare, a passarla senza amore.
- 3 Maravigliosa, magnifica Terra
d'uopo è che ancora di te mi conforti!
.....
Di libertà tu simbolo risplendi
Tu dell'Eterno Dio simbol risplendi!

la *Ciudad Eterna*. Kristov se siente allá arriba semejante a un granito de polvo y, dominado por la inmensa conmoción, exclama:

¡Cada jirón de Roma me es sacro!

Pero se lamenta todavía de no poder expresar todo su sentir como quisiera. Y este tormento suyo conduce el recuerdo, en cierto sentido, al tormento confesado en el verso carducciano:

Ahi!, fu una nota del poema eterno
quel ch'io sentiva e picciol verso or è!

De manera que la plenitud de su emoción parece no poder encontrar mejor desahogo que el de elevarse en el mundo de la plegaria, donde halla finalmente consuelo la evocada imagen de su generación no todavía feliz.

Además de su labor poética personal Kristov ha dado un valiosísimo aporte a la difusión de la cultura italiana en Bulgaria.

El último canto de Safo y *La tarde del día de fiesta* de Leopardi aparecieron por primera vez en Bulgaria, traducidos de su mano en la *Antología de los poetas extranjeros* por él dirigida. En la misma colección, que comprende —entre otros— poetas rusos y alemanes, en la parte dedicada a los italianos figuran también composiciones de Ada Negri y un pasaje del *Orlando Furioso*, aquél que se refiere a Ruggero, rey de los búlgaros.

Otras traducciones apreciables son la *Francesca de Rimini* de Pellico y *Las últimas cartas de Iacopo Ortis* de Foscolo. Las dos obras se prestaban verdaderamente a la atención del poeta búlgaro quien, siendo un sentimental, bien debió recibir en profundidad la fascinación diversa y sin embargo no disímil que emana de aquellos dos poetas.

Foscolo, de hecho, se le acerca por la particular naturaleza suya meditativa, reflexiva e inclinada a la vivisección psicológica del mundo y de los seres, como aparece especialmente en el *Ortis*. Pellico, por otro lado, ya admirado y sentido por Kristov a través de la lectura de *Mis Prisiones*, debió resultarle más comprensible también en razón del tema tratado, que el poeta había hondamente vivido con anterioridad, en toda su potencia, en el V del *Infierno*.

Más adecuada, por lo tanto, la *Francesca* que *Mis Prisiones* debía aparecer a Kristov por el complejo dramático y por el significado tan fuertemente psicológico y humano. Por otra parte el elemento dramático tuvo siempre para el poeta búlgaro un singular atractivo

como lo demuestran no pocos dramas que él ha dado a la historia literaria de su país. Entre los cuales, y entre los primeros en orden de importancia, puede señalarse *Leonardo* donde se toma y desarrolla muy dignamente un episodio relativo a la vida del Sumo.

Pero la obra que más que ninguna otra asigna a Kiril Kristov lugar señaladísimo en la historia de las relaciones culturales entre Italia y Bulgaria, es la traducción del *Infierno*.

Como ya Konstantin Velitchkov, también Kristov dió prueba de supremo coraje al afrontar la ardua empresa de vestir en versos búlgaros la alta y dificilísima poesía de Dante. De esta tarea, a la cual dedicó paciente y amorosamente larguísimos años, supo también salir airoso. Así pues su traducción del *Infierno* no es en nada inferior a aquella de Velitchkov.

Un tributo de gratitud merece entonces en buena ley Kiril Kristov por parte de los italianos y con toda justicia su nombre merece ser acercado a aquellos ilustres de Vazov, Slaveikov y Velichkov.

FURIO LILLI

Universidad Nacional del Litoral.